

TERRY PRATCHETT
& NEIL GAIMAN



BUENOS
PRESAGIOS

minotauro

TERRY PRATCHETT
& NEIL GAIMAN

BUENOS
PRESAGIOS

minotauro

Buenos presagios

Copyright © Terry Pratchett and Neil Gaiman 1990

Introducción y nuevo material
copyright © Terry Pratchett and Neil Gaiman 2006

Traducción de María Ferrer
© María Ferrer, por la traducción

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

GOOD OMENS, BUENOS PRESAGIOS is a registered trade mark
of Neil Gaiman/Dunmanifestin Ltd.

Good Omens, Buenos presagios logo designed by Paul Kidby.
Good Omens, Buenos presagios logo © and ™ Dunmanifestin Ltd/Neil Gaiman.
Dunmanifestin Ltd owns the intellectual property rights of the late Sir Terry Pratchett.

Todos los derechos reservados

Publicación de Editorial Planeta, SA, Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1648-0
Depósito legal: B. 14.425-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 1990 por
Victor Gollancz Ltd

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

EN EL PRINCIPIO

Hacía un día estupendo.

Como todos los anteriores. Habían pasado bastantes más de siete hasta entonces y la lluvia no se había inventado aún. Pero las nubes que acechaban al este del Edén insinuaban que la primera tormenta estaba de camino, y que menuda iba a ser.

El ángel de la Puerta del Este se cubrió la cabeza con las alas para protegerse de las primeras gotas.

—Perdón —se disculpó amablemente—. ¿Qué decías?

—*Decía* que uno cayó con todo el equipo —contestó la serpiente.

—Ah, sí—dijo el ángel, que se llamaba Azirafel.

—A mí me parece un poco exagerado, la verdad —opinó la serpiente—. O sea, con eso de la primera infracción y demás. Es que no veo qué tiene de malo saber qué diferencia hay entre el bien y el mal.

—*Algo* malo ha de tener —razonó Azirafel, con ese tono ligeramente preocupado de quien tampoco lo ve y sigue cavilando—, porque, de lo contrario, *tú* no habrías tomado parte.

—A mí solo me dijeron «Sube allá arriba y líala gorda» —protestó la serpiente, que se llamaba Crawly, aunque estaba pensando cambiarse el nombre. Y es que Crawly, ese nombre de reptil adulator, no iba con él; lo tenía decidido.

—Sí, pero eres un demonio. No creo que te sea posible hacer el bien —dijo Azirafel—. Por naturaleza, vamos. Instinto. No es nada personal, de veras.

—Pero no negarás que algo de teatro sí que tiene —replícó Crawly—. O sea, señalar el *Árbol* y decir «No lo toques» en mayúsculas. Muy sutil no es, ¿verdad? O sea, ¿por qué no lo pone en la cima de una montaña o un poco alejado? Para mí que *Este* se trae algo entre manos.

—Más nos valdría no especular —dijo Azirafel—. Como siempre digo, no se puede anticipar lo inefable. Lo que está bien es *Bueno* y lo que está mal es *Malo*, y punto. Si uno hace algo *Malo* cuando se le ha mandado hacer algo *Bueno*, se merece un castigo. Ehm...

Se quedaron sentados en un incómodo silencio, y observaron las gotas, al caer, herían las flores tempranas.

Por fin Crawly tomó la palabra.

—¿No tenías una espada flameante?

—Ehm... —Una expresión de culpabilidad pasó por el rostro del ángel, y volvió para quedarse.

—Sí que tenías una, ¿verdad? —insistió Crawly—. Ardía que daba gusto.

—Ehm, bueno...

—Era impresionante, ¿eh?

—Bueno, sí, pero...

—No me digas que la has perdido.

—No, de ningún modo. Perderla, no la he perdido; más bien...

—¿Qué?

Azirafel parecía desconsolado.

—Si tanto te importa... —dijo con un asomo de irritación—, la he regalado.

Crawly se le quedó mirando.

—No tuve más remedio —se explicó el ángel, frotándose las manos distraído—. Tenían tanto frío, los pobres... y ella ya está encinta, y con todos esos animales depravados de allá afuera y la tormenta que se avecina pensé que, en fin, que no tenía nada de malo, y les dije: «Oíd, si volvéis por aquí os encontraréis con una discusión tremenda, pero puede que os haga falta esta espada, así que tomad, no os molestéis en darme las gracias, tan solo haced el favor de marcharos antes de que se ponga el sol».

Sonrió a Crawly con un gesto preocupado.

—Era lo mejor que podía hacer, ¿no?

—Dudo que te sea posible hacer el mal —se burló Crawly, con sarcasmo. Azirafel no se percató del tono.

—Espero que no —contestó—. Vaya si lo espero. Llevo toda la tarde dándole vueltas al asunto.

Se quedaron mirando la lluvia un rato.

—Pero lo mejor es —dijo Crawly— que yo también me pregunto si lo de la manzana no será lo correcto. Los demonios se pueden meter en un buen lío si hacen cosas buenas. —Le dio un suave empujón al ángel—. ¿Te imaginas que hubiéramos metido la pata los dos? ¿Que yo hubiera hecho lo bueno y tú lo malo?

—La verdad es que no —contestó Azirafel.

Crawly miró la lluvia.

—Ya —dijo, algo más tranquilo—, ni yo.

Sobre el Edén se cerró un negro telón plomizo. Por encima de las colinas rugían los truenos. Los animales, recién bautizados, temblaban de miedo ante la tormenta.

A lo lejos, allá en el inundado bosque, se veía oscilar entre los árboles un brillo ardiente.

La noche se presentaba oscura y tormentosa.

BUENOS PRESAGIOS

La Narración de Ciertos Acontecimientos ocurridos en los últimos once años de la historia humana, de acuerdo y en conformidad, como se demostrará más adelante, con:

Las Buenas y Acertadas Profecías de Agnes la Chalada

Recopilados y editados, con anotaciones de Índole Educativa y Preceptos para los Sabios, por Neil Gaiman y Terry Pratchett.

DRAMATIS PERSONAE

SERES SOBRENATURALES

DIOS (*Dios*)

METATRÓN (*La Voz de Dios*)

AZIRAFEL (*Un ángel y vendedor de libros raros a media jornada*)

SATÁN (*Un Ángel Caído; el Adversario*)

BELCEBÚ (*Otro Ángel Caído y Príncipe del Infierno*)

HASTUR (*Un Ángel Caído y Duque del Infierno*)

LIGUR (*Otro Ángel Caído y Duque del Infierno*)

CROWLEY (*Un Ángel que más que Caer, se Dio un Garbeo Calle Abajo*)

CABALLISTAS APOCALÍPTICOS

MUERTE (*La Muerte*)

GUERRA (*La Guerra*)

HAMBRE (*El Hambre*)

POLUCIÓN (*La Polución*)

HUMANOS

NO COMETERÁS ADULTERIO PULSIFER (*Un Cazador de Brujas*)

AGNES LA CHALADA (*Una Profetisa*)

NEWTON PULSIFER (*Empleado Administrativo y Soldado Cazabrujas*)
ANATEMA ARTILUGIO (*Ocultista Practicante y Descendiente Profesional*)
SHADWELL (*Sargento Cazabrujas*)
MADAME TRACY (*Jezabel pintada —Solo Mañanas, Jueves a convenir— y Médium*)
HERMANA MARY LOCUAZ (*Una Monja Satánica de la Orden de las Parlanchinas de Santa Berilia*)
EL SEÑOR YOUNG (*Un Padre*)
EL SEÑOR TYLER (*Un Presidente de la Asociación de Vecinos*)
UN MENSAJERO

ELLOS

ADÁN (*Un Anticristo*)
PEPPER (*Una Niña*)
WENSLEYDALE (*Un Niño*)
BRIAN (*Un Niño*)

Y, además, un Coro de Tibetanos, Alienígenas, Americanos, Atlantes y otras Extraordinarias y Singulares Criaturas de los Últimos Días

Y

PERRO (*Un Satánico Sabueso Infernal y Terror de los Gatos*)

HACE ONCE AÑOS

Cuentan las teorías actuales acerca de la Creación que, si el Universo fue creado y no solo apareció sin más, que es lo que ocurrió extraoficialmente, nació hace entre diez mil y veinte mil millones de años. Y la Tierra, del mismo modo, hace cuatro mil quinientos millones de años.

Estas fechas están equivocadas.

Los eruditos judíos de la Edad Media establecieron la fecha de la Creación en el año 3760 a.C. Los teólogos griegos estimaron que se remontaba al 5508 a.C.

Ambas sugerencias también están equivocadas.

El arzobispo James Usher (1580-1656) publicó *Annales Veteris et Novi Testamenti* en 1654; en dicho documento se sugiere que el Cielo y la Tierra fueron creados en el 4004 a.C. Uno de sus discípulos profundizó en los cálculos y logró anunciar triunfalmente que la Tierra fue creada el domingo 21 de octubre del año 4004 a.C., a las 9 en punto de la mañana, porque a Dios le gustaba ponerse a trabajar temprano, aprovechando que estaba más despejado.

También se equivocó. Por algo menos de un cuarto de hora.

Todo el asunto de los esqueletos de dinosaurios fosilizados fue un chiste que los paleontólogos no acaban de coger.

Lo que demuestra dos cosas:

La primera, que Dios se rige por patrones extremadamente misteriosos, por no decir tortuosos. Dios no juega a los dados con el universo; juega a un juego inefable de invención Propia, que se podría comparar, desde la perspectiva de cualquiera de

los jugadores,* a verse envuelto en una versión oscura y compleja del póquer en una sala a media luz, con cartas malas, apuestas infinitas y un *Tío* que reparte sin explicar las reglas y que *no para de sonreír*.

La segunda, que la Tierra es Libra.

La predicción astrológica de Libra en el horóscopo del diario de Tadfield hoy, día en que empieza esta historia, reza lo siguiente:

LIBRA, 24 de septiembre-23 de octubre:

Es posible que se sienta agotado y harto de la rutina cotidiana. De gran importancia serán los asuntos domésticos y familiares, que dejó a un lado en su momento. Evite los riesgos innecesarios. Tiene un amigo al que se siente muy unido. Aparque las decisiones importantes hasta que el camino le quede despejado. Posible indisposición a raíz de la vulnerabilidad del estómago, evite las ensaladas. Podría presentarse una ayuda inesperada.

Absolutamente correcto en todos los aspectos salvo el fragmento de las ensaladas.

No era una noche oscura ni tormentosa.

Debería haberlo sido, pero el tiempo está como una cabra. Por cada científico loco que da con una oportuna tormenta eléctrica la noche en que termina la Obra Maestra que yace en la mesa de autopsias, cientos pasan el rato, ociosos, bajo el pacífico cielo estrellado mientras Igor se va apuntando las horas extra.

Pero que la niebla (y más tarde la lluvia, y la temperatura bajando a unos siete grados) no dé a nadie una falsa sensación de seguridad. Solo porque la noche esté tranquila no hay que dar por sentado que las fuerzas del mal no andan sueltas. Siempre salen al exterior. Están *en todas partes*.

Siempre. Ahí está el meollo de la cuestión.

* Es decir, todo el mundo.

Dos de ellas acechaban en el cementerio en ruinas. Dos siluetas oscuras, una jorobada y achaparrada y la otra delgada y amenazadora, ambas acechantes de campeonato. Si Bruce Springsteen hubiera grabado «Nacido para Acechar»,* en la portada habrían salido aquellos dos. Llevaban una hora acechando entre la niebla, pero sabían cuál era su límite y podían seguir acechando toda la noche si hacía falta, lo bastante amenazadores y hoscos como para aguantar hasta un arranque final de acecho al amanecer.

Por fin, al cabo de otros veinte minutos, uno de ellos dijo:

—Ya estoy hasta las narices. Tendría que haber llegado hace horas.

El que acababa de hablar se llamaba Hastur. Era Duque del Infierno.

Existen diversos fenómenos —guerras, plagas, inspecciones sorpresa— que demuestran que la mano de Satán se esconde tras los asuntos del Hombre. Pero todo el mundo está de acuerdo en una cosa: el momento en que los estudiantes de demonología toman la circunvalación M25 de Londres es la prueba que se lleva la palma.

Naturalmente, es erróneo dar por sentado que la carretera es diabólica por la inaudita mortandad y la frustración que engendra a diario.

Y es que no hay muchos sobre la faz de la Tierra que sepan que la forma de la M25 corresponde a la del sello *odegra* en la lengua del Sacerdocio Negro del Antiguo Mu, que significa «Salve a la Bestia, Devoradora de Mundos». Los miles de motoristas que recorren esa serpenteante distancia cada día surten el mismo efecto que el agua en el báculo de un monje tibetano, en contacto constante con una niebla de mal de menor grado que va contaminando la atmósfera metafísica en kilómetros y kilómetros a la redonda.

Aquél era uno de los mayores logros de Crowley. Le había costado años conseguirlo, tres pirateos informáticos, robos en

* En alusión al tema «Born to Run» («Nacido para Correr»). (*N. del T.*)

dos casas, un soborno de menor cuantía y, una noche húmeda en que todo le había fallado, pasarse dos horas en un campo embarrado moviendo los hitos unos pocos metros insospechadamente significativos desde el punto de vista ocultista. Al contemplar la primera caravana de cincuenta kilómetros le invadió esa encantadora sensación tan agradable que le da a uno un juego sucio bien ejecutado.

Con ello se había ganado un ascenso.

Crowley iba a 170 por alguna parte del este de Slough. Su aspecto no tenía nada especialmente demoníaco, al menos desde el punto de vista clásico: no tenía cuernos ni alas. Ciertamente estaba escuchando la cinta *Best of Queen*, pero no se debería sacar ninguna conclusión de ello, porque todas las cintas que se pasan dos semanas o más en un coche se transforman automáticamente en los éxitos de Queen. No le rondaban la cabeza pensamientos especialmente demoníacos. Es más, se estaba preguntando quiénes serían Moey y Chandon.*

Crowley tenía el pelo oscuro y unos buenos pómulos, llevaba zapatos de piel de serpiente o al menos suponemos que eran zapatos, y sabía hacer cosas increíbles con la lengua. Y cuando se descuidaba, tenía tendencia a sisear.

Tampoco es que parpadeara mucho.

El coche que conducía era un Bentley negro de 1926 que solo había pasado por unas manos: las de Crowley, que cuidó de él.

Llegaba tarde porque estaba disfrutando a lo grande del siglo xx. Era mucho mejor que el xvii, y *muchísimo* más que el xiv. Lo que le gustaba del tiempo, solía decir Crowley, era que le iba alejando más y más del siglo xiv, los cien santos años más aburridos y cargantes del mundo, excepto en Francia. El siglo xx era cualquier cosa menos aburrido. Es más, una luz azul intermitente en el retrovisor le decía, desde hacía medio minuto, que le venían siguiendo dos hombres que estarían encantados de hacerle el siglo aún más interesante.

Le echó un vistazo al reloj, que estaba diseñado para el típico submarinista al que le gusta saber qué hora es en veintituna capitales del mundo cuando se encuentra allá abajo.**

* En alusión a la letra del tema «Killer Queen», de Queen. (*N. del T.*)

** Se lo hicieron a medida a Crowley. Los chips de encargo son increí-

El Bentley cogió la salida con gran estruendo, dobló la esquina sobre dos ruedas y se lanzó precipitadamente por una calle arbolada. Le seguía la luz azul.

Crowley suspiró, quitó una mano del volante y, girándose a medias, hizo un complicado gesto por encima del hombro.

La luz intermitente se desvaneció a lo lejos: el coche de la policía se había detenido, para el asombro de los ocupantes, que no sería nada comparado con lo que sentirían al abrir el capó y ver en qué se había convertido el motor.

En el cementerio, Hastur, el demonio alto, le pasó una colilla a Ligur, el más bajo de los dos, y también el más consumado acechador.

—Veo una luz —anunció—. Ya viene ese perro fanfarrón.

—¿Qué está conduciendo? —preguntó Ligur.

—Un coche. Pero no de caballos —explicó Hastur—. Supongo que la última vez que estuviste aquí no había. O no eran corrientes, vamos.

—Llevaban delante un hombre con una bandera roja —dijo Ligur.

—Me parece que han cambiado bastante desde entonces.

—¿Qué opinión te merece ese Crowley? —preguntó Ligur. Hastur escupió.

—Ha pasado aquí demasiado tiempo —contestó—. Desde el Principio. Se ha convertido en uno de ellos, me da la impresión. Lleva un coche con teléfono.

Ligur reflexionó sobre sus palabras. Como la mayoría de los demonios, tenía conocimientos muy limitados de tecnología, así que se disponía a decir algo así como «Menudo cable tiene que llevar», cuando el Bentley se detuvo en las puertas del cementerio.

—Y lleva gafas de sol —añadió Hastur, con sorna—, incluso cuando no le hacen falta —impostó la voz—. Salve a Satán —saludó.

blemente caros, pero él podía permitírselo. Aquel reloj daba la hora de veinte capitales del mundo y una del Otro Mundo, donde siempre era la misma hora: Demasiado Tarde.

—Salve —coreó Ligur.

—Buenas —dijo Crowley, mientras saludaba brevemente con la mano—. Siento llegar tarde, pero no sabéis cómo está la A40 en Denham. He intentado atajar yendo por Chorley Wood y luego...

—Ahora que estamos todos aquí —dijo Hastur vehemente—, pasemos al recuento de las Acciones del Día.

—Ah, sí. Las Acciones —repitió Crowley con la expresión de culpabilidad de alguien que va a la iglesia por primera vez desde hace años y ha olvidado cuándo tiene que ponerse de pie.

Hastur carraspeó.

—He tentado a un sacerdote —confesó—. Iba caminando por la calle y vio unas lindas muchachas al sol, y entonces introduje la Duda en su mente. Podría haber sido un santo, pero en una década será nuestro.

—Muy buena —apuntó Crowley amablemente.

—Yo he corrompido a un político —dijo Ligur—. Le hice pensar que un soborno de nada no hacía daño a nadie. En un año será nuestro.

Ambos se quedaron mirando con expectación a Crowley, que les dedicó una amplia sonrisa.

—Os va a gustar. —Su sonrisa aún se ensanchó más y adquirió mayores tintes de complicidad.

—He tenido desconectado *todo* el sistema de telefonía móvil de Londres durante cuarenta y cinco minutos a la hora de comer —explicó.

Reinaba el silencio, salvo por el lejano ruido de los coches al pasar.

—¿Y? —inquirió Hastur—. ¿Qué más?

—Oye, que no fue nada fácil —protestó Crowley.

—¿Eso es todo? —le preguntó Ligur.

—Mira, la gente...

—¿Y en qué ha contribuido eso a asegurarle almas a nuestro amo, exactamente? —continuó Hastur.

Crowley trató de guardar la compostura.

¿Qué podía decirles? ¿Que miles de personas se habían cabreado de lo lindo? ¿O que se oía cómo las arterias de la ciudad entera se bloqueaban todas a la vez? ¿Y que cuando cada cual volvía y se desahogaba con la secretaria, con el poli-

cía municipal o con quien fuese, ellos a su vez se desahogaban con otras personas? ¿Y que lo hacían de todas las formas vengativas que, ojo al dato, *se inventaban ellos mismos*? Y así el resto del día. Los efectos que conllevaba aquello eran incalculables. Miles y miles de almas tomaban un tono mate y pátina solo con mover un dedo.

Pero eso no se le podía decir a demonios como Hastur y Ligur. La mayoría de ellos tenía una mente del siglo xiv. Se pasaban años persiguiendo alma tras alma. Estaba claro que era un trabajo *artesanal*, pero hoy en día había que pensar de otra forma. Más que la cuantía, importaba el alcance. Con cinco mil millones de personas en el mundo ya no se podía ir uno por uno; había que doblar esfuerzos. Pero los demonios como Ligur y Hastur no lo entendían. Jamás se les habría ocurrido la televisión en galés, por ejemplo. O el IVA. O Manchester.

Precisamente con Manchester se quedó muy satisfecho.

—Los Poderes están complacidos, ¿no? —protestó—. Los tiempos están cambiando. Así que, ¿qué pasa?

Hastur cogió algo de detrás de una lápida.

—Esto es lo que pasa —contestó.

Crowley contempló el cesto.

—Ay —gimió—, no.

—Sí —dijo Hastur, sonriendo.

—¿Ya?

—Sí.

—Y yo tengo que decidir si...

—Sí. —Hastur estaba disfrutando con aquello.

—¿Y por qué yo? —se quejó Crowley, desesperado—. Ya me conoces, Hastur, este no es mi... ya me entiendes, mi ambiente...

—Claro que sí —replicó Hastur—. Es tu ambiente y tu papel estrella. Cógelo. Los tiempos están cambiando.

—Eso —dijo Ligur, con una sonrisa—. Están acabando, para empezar.

—¿Por qué yo?

—Porque es obvio que eres de los más favorecidos —le contestó Hastur maliciosamente—. Me imagino que Ligur daría el brazo derecho por una oportunidad como esta.

—Cierto —asintió Ligur. El brazo derecho de alguien, en todo caso, pensó. Todo aquello estaba lleno de brazos derechos; no había por qué malgastar el propio.

Hastur sacó una carpeta de algún roñoso recoveco de su impermeable.

—Firma. Esto —dijo, separando las palabras con una espantosa pausa.

Crowley hurgó distraídamente en un bolsillo interior y sacó una pluma. Era elegante y de un negro mate. Parecía poder saltarse el límite de velocidad.

—Muy bonita —dijo Ligur.

—Escribe bajo el agua —farfulló Crowley.

—Ya no saben qué inventar —reflexionó Ligur.

—Sea lo que sea, se darán prisa en inventarlo —dijo Hastur—. No, A.J. Crowley no. Tu *verdadero* nombre.

Crowley asintió con la cabeza, descorazonado, y trazó una rúbrica compleja y sinuosa en la hoja de papel. La firma tomó un brillo rojo en la penumbra, un instante, y se apagó.

—¿Qué se supone que he de hacer con eso? —preguntó.

—Se te darán instrucciones —le espetó Hastur malhumorado—. ¿Por qué estás tan preocupado? ¡Llevamos siglos preparando este momento!

—Sí, ya —contestó Crowley. Ya no era la silueta ágil que tan ágilmente había saltado del Bentley unos minutos antes. Parecía atormentado.

—¡Nos aguarda el momento del triunfo eterno!

—Sí, ya, eterno —dijo Crowley.

—Y tú serás una herramienta para conseguir tan glorioso destino.

—Herramienta, ya —masculló Crowley. Cogió el cesto como si fuera a explotar. Lo que, en cierto modo, estaba a punto de ocurrir.

—Ehm... vale —continuó—. Pues nada, ehm... me voy. ¿Os importa? Cuanto antes me lo quite de encima... No es que quiera quitármelo de encima —añadió apresuradamente, cayendo en la cuenta de lo que le podía pasar si Hastur redactara un informe desfavorable—, pero ya me conocéis. Genial.

Sus superiores no dijeron una palabra.

—Bueno, pues me voy para allá —balbució Crowley—. Ya nos veremos... bueno, eso. Hasta otra. Ehm... vale. Muy bien. *Ciao*.

Mientras el Bentley se precipitaba en la oscuridad derrapando, Ligur susurró:

—¿Qué ha dicho?

—Algo en italiano —contestó Hastur—. «Comida», creo.

—Pues qué raro que diga eso —Ligur observó las luces traseras, que se veían cada vez más pequeñas—. ¿Confías en él?

—No.

—Bien —dijo Ligur. Cómo estaría el mundo, pensó, si los demonios fueran por ahí confiando unos en otros.

Crowley, en algún lugar al oeste de Amersham, cruzaba la noche a toda velocidad. Alcanzó una cinta al azar y forcejeó para sacarla de la funda sin salirse de la carretera. Con el resplandor de un faro descubrió que eran *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi. Música relajante, justo lo que necesitaba.

La embutió en el Blaupunk.

—Mierda, mierda, mierda. Joder. ¿Por qué ahora? ¿Por qué a mí? —masculló al venírsele encima los primeros acordes conocidos de Queen.

Y de pronto Freddie Mercury empezó a hablarle.

—PORQUE TE LO MERECE, CROWLEY.

Crowley maldijo entre dientes. Lo de emplear la electrónica como medio de comunicación había sido idea suya y Allá Abajo, por una vez, la habían puesto en práctica y, como de costumbre, habían metido la pata. Lo que él quería era persuadirles de que contrataran un servidor de internet, pero en su lugar, se conectaban a lo que estuviera oyendo, fuera lo que fuera, y lo distorsionaban.

Crowley tragó saliva.

—Te lo agradezco, señor —dijo.

—CONFIAMOS EN TI PLENAMENTE, CROWLEY.

—Gracias, señor.

—ES MUY IMPORTANTE, CROWLEY.

—Ya, ya lo sé.

—ES EL GRAN GOLPE, CROWLEY.

—Déjalo en mis manos, señor.

—ESO ES LO QUE ESTAMOS HACIENDO, CROWLEY Y, SI SALE MAL, LOS RESPONSABLES SUFRIRÁN GRANDES TORMENTOS. INCLUSO TÚ, CROWLEY. SOBRE TODO TÚ.

—Entendido, señor.

—SIGUE ESTAS INSTRUCCIONES, CROWLEY.

Y de repente ya lo sabía todo. Cuánto odiaba aquello. Eso mismo se lo podían haber dicho perfectamente, en vez de meterle de golpe fríos conocimientos en el cerebro. Tenía que ir a un hospital.

—Estaré allí dentro de cinco minutos, señor, no hay problema.

—BIEN. *I see a little silhouetto of a man scaramouche scaramouche will you do the fandango...**

Crowley golpeó el volante. Le había ido todo tan bien... En serio, tenía aquellos últimos siglos bajo control. Y así funciona la cosa, se cree uno que es el amo del mundo y de pronto le cae encima el Armagedón. La Gran Guerra, la Última Batalla. El Cielo contra el Infierno; tercer asalto, al suelo y sin rendición. Y ya está. Se acabó el mundo. Aquello era lo que significaba el Fin del Mundo: Cielo eterno y nada más, o dependiendo del que ganase, Infierno eterno. Crowley no sabía cuál era peor.

Bueno, el Infierno era peor, por definición, claro está. Pero Crowley se acordó de cómo era el Cielo, y tenía bastante en común con el Infierno. De entrada, no había manera de tomarse una copa decente en ninguno de los dos sitios. Y el aburrimiento que pasaba uno en el Cielo era tan malo como la agitación del Infierno.

Pero no había alternativa. No se podía ser un demonio y ejercer el libre albedrío.

*...I will not let you go (let him go)...***

Bueno, al menos no sería este año. Tendría tiempo para hacer cosas. La primera, vender sus acciones a largo plazo.

Se preguntó qué pasaría si parase el coche allí mismo, en

* Letra de la canción «Bohemian Rhapsody», de Queen. (*N. del T.*)

** Letra de la canción «Bohemian Rhapsody», de Queen. (*N. del T.*)

aquella carretera húmeda y vacía, cogiera el cesto, le diera un buen montón de vueltas y lo soltara...

Algo espantoso, seguro.

Había sido un ángel. Él no pretendía Caer. Lo que pasó fue que se juntó con malas compañías.

El Bentley se precipitó en la oscuridad, con el indicador de combustible a cero. La aguja llevaba más de sesenta años marcándolo. No estaba tan mal ser un demonio. No había que echar gasolina, por ejemplo. Crowley solo lo había hecho una vez, en 1967, para que le dieran gratis la pegatina de agujero de bala de James Bond para el parabrisas, que entonces le gustaba bastante.

Lo que había en el cesto, en el asiento de atrás, se puso a llorar; el llanto de alarma antiaérea de los recién nacidos. Agudo. Sin palabras. Y *antiguo*.

Era un hospital bastante agradable, pensó el señor Young. De no ser por las monjas, habría sido tranquilo también.

Le gustaban las monjas. No es que fuera un meapilas ni nada de eso. Si tenía que evitar ir a la iglesia, la que evitaba imperturbablemente era la de Santa Cecilia de Todos los Ángeles, tan seria y anglicana; pero jamás se le habría ocurrido, ni en sueños, evitar ninguna otra. Todas olían mal, a cera de suelos por *Abajo*, y a un incienso sospechoso por *Arriba*. En el fondo de su alma apoltronada, el señor Young sabía que a Dios le avergonzaban aquellas cosas.

Pero le gustaba tener monjas cerca, del mismo modo que le gustaba tener cerca al Ejército de Salvación. Hacían que tuviera la impresión de que *todo iba bien*, de que en algún lugar se estaban ocupando de mantener el mundo en su eje.

No obstante, era la primera vez que trataba con la Orden de Parlanchinas de Santa Berilia.* Deirdre dio con ellas cuan-

* Santa Berilia Articulata de Cracovia, conocida mártir del siglo v. Según cuenta la leyenda, Berilia era la prometida (en contra de su voluntad) de un pagano, el príncipe Casimiro. En la noche de bodas rezó al Señor para que intercediese, esperando sin mucha fe que le saliera barba mi-

do estaba colaborando en uno de los movimientos en los que participaba, seguramente el de esos antipáticos sudamericanos en guerra con otros sudamericanos antipáticos a los que los curas incitaban, en vez de ocuparse de asuntos sacerdotales, como organizar los turnos para limpiar la iglesia.

El caso era que las monjas deberían ser silenciosas. Para eso estaban, como esos objetos puntiagudos de las salas aquellas que servían, según tenía más o menos entendido el señor Young, para probar el equipo de música. Vamos, que no deberían estar parlotando todo el rato.

Se llenó la pipa de tabaco —bueno, allí lo llamaban tabaco, aunque no era lo que él entendía por tabaco, no era el que se solía comprar— y se puso a cavilar sobre qué pasaría si le preguntara a una monja dónde estaba el servicio. Seguro que el Papa le enviaría una reprimenda o algo. Cambió de postura torpemente y miró el reloj.

Pero eso sí, al menos las monjas se habían negado rotundamente a que estuviera presente en el parto aunque Deirdre insistiera en ello. Había estado *leyendo* otra vez. Con un crío ya, y va y empieza con que el parto es la experiencia más feliz que podían compartir dos seres humanos. Eso le pasaba por dejarle a ella encargarse de los periódicos a su gusto. El señor Young desconfiaba de los diarios en los que figuraban secciones tituladas «Estilo de vida» y «Opciones».

Según una versión de la leyenda, el príncipe Casimiro estranguló a Berilia tres semanas después de casarse y sin haber consumado el matrimonio. Murió virgen y mártir, hablando hasta el final.

Según otra versión de la leyenda, Casimiro se compró tapones de cera y ella murió en el lecho, con él, a los sesenta y dos años.

lagrosamente. De hecho, tenía ya preparada una cuchilla de afeitar para mujer, por si acaso; pero el Señor le concedió la milagrosa capacidad de decir continuamente lo que se le ocurría, por intrascendente que fuera, sin cesar ni siquiera para comer o respirar.

La Orden de Parlanchinas de Santa Berilia hace voto de emular a su santa patrona en todo momento, con un descanso de media hora los martes por la tarde, momento en que se les permite a las monjas callar y, opcionalmente, jugar al *ping-pong*.

Bueno, no tenía nada en contra de compartir experiencias felices. Le parecía fenomenal compartir experiencias felices. Seguro que al mundo entero le hacía falta compartir más experiencias felices. Pero había dejado explícitamente claro que aquélla era una experiencia feliz que Deirdre podía compartir consigo misma.

Y las monjas estuvieron de acuerdo. No veían razón alguna por la que el padre tuviese que involucrarse en el procedimiento. Aunque, pensándolo bien, reflexionó el señor Young, no debían de ver razón alguna por la que el padre tuviera que involucrarse en *nada de nada*.

Cuando terminó de meter el tabaco en la pipa, reparó en el pequeño rótulo que decía que, para su comodidad, tuviera la amabilidad de no fumar. Y decidió, para su comodidad, marcharse a la entrada. Y si había por allí algún arbusto discreto para su comodidad, tanto mejor.

Recorrió los pasillos vacíos y encontró una puerta que daba a un patio azotado por la lluvia y sembrado de honradas papeleras.

Se estremeció y protegió la pipa del viento con las manos para encenderla.

A las esposas les pasaba aquello cuando llegaban a cierta edad: veinticinco años intachables y de pronto se ponían a hacer ejercicios robóticos equipadas con un chándal rosa de aeróbic, y empezaban a regañarle a uno por no haber tenido que trabajar nunca para ganarse la vida. Se trataba de las hormonas, o algo de eso.

Un enorme coche negro derrapó y frenó junto a las papeleras. Salió un muchacho con gafas oscuras que llevaba una especie de moisés, y serpenteó hacia la entrada bajo la llovizna.

El señor Young se sacó la pipa de la boca.

—Se ha dejado las luces encendidas —le advirtió amablemente.

El hombre le lanzó la mirada perpleja de alguien a quien las luces del coche le importan un comino y alzó una mano con desgana hacia el Bentley. Las luces se apagaron.

—Qué práctico —dijo el señor Young—. Infrarrojos, ¿no?

Le sorprendió un poco el hecho de que el hombre no parecía haberse mojado. Además, le dio la impresión de que en la cuna había algo.